

TROZOS SELECTOS

DE

LORD CHESTERFIELD

Y DE OTROS CÉLEBRES AUTORES INGLESES

RECOMENDADOS POR AQUÉL A SU HIJO

COMO MODELOS DE INVENCÓN, CLARIDAD Y ELEGANCIA.

VESTIDOS DE LAS MUJERES.

(Versión del inglés de Chesterfield.)

Los romanos acostumbraban decir, *ex pede Herculem*, ó Hércules puede ser conocido por su pie, dando á entender que generalmente puede uno juzgar del todo por la parte. Confieso que yo soy muy propenso á formar juicio de esta manera, y puedo decir, sin pretensiones á rara sagacidad, que muy rara vez me he engañado. Es imposible que deje uno de formarse una opinión de las gentes á primera vista, por su talante y su vestido; y la ropa me ha dado á conocer á menudo, con la mayor certidumbre, si el que la llevaba tenía ó no buen sentido. Los griegos (pues quiero ostentar mi literatura) decían que los vestidos descubren al hombre; y es cierto que entre las cosas insignificantes ninguna hay por la cual las gentes descubran con más certidumbre su propio temple de alma que por los vestidos. En materias de importancia las gentes proceden con mayor precaución, disfrazan la naturaleza y ocultan sus debilidades por medio del arte ó de la imitación; pero en el vestido dan mayor

desahogo á su imaginación; y al declararlo como cosa inmateral, aunque al mismo tiempo no lo crean así, se prometen cuando menos, impunida en sus mayores singularidades y disparatados excesos. Consideraré, pues, en este papel el vestido por ciertas reglas de sentido común, que estrictamente recomiendo para que sean observadas.

Como el vestido es más inmediatamente la incumbencia, por no decir el placer, por no decir el cuidado, por no decir todo el estudio de las damas, ellas serán primero el objeto de mis observaciones; y humildemente les ruego que me concedan su indulgencia, si las reglas que paso á establecer fueren algo contrarias á las que ellas practican. Hay un vestido propio para cada rango, edad y figura, y las personas que no observan esta propiedad, son criminales de traición contra el sentido común. Para prevenir aquel crimen, me viene la idea de colocar en varios puntos de la ciudad cierto número de muñecas vestidas, según conviene á cada rango, edad y figura, lo cual reduciría la materia al mayor grado de precisión posible.

El vestido, para que sea propio, debe ser adaptado á la persona, así como en la escritura el estilo debe corresponder al asunto. Estoy lejos de oponerme á la magnificencia del traje en damas cuyo rango y fortuna lo justifican y permiten; y creo, por el contrario, que es un objeto de lujo útil, y que procura medios de vivir al pobre y al industrioso á costa del rico y del presumido. Tanto desaprobaba yo ver en una mujer de calidad vestidos bajos, como en una ranchera trajes sublimes; y notifico aquí á las profusas mujeres de industriosos mercaderes y de honrados labradores, que todo lo que ellas consiguen vistiéndose con superioridad á su clase, es la envidia y odio de sus inferiores y de sus iguales, y el desprecio y ridículo de sus superiores.

Á las damas de primer rango y hermosura recomiendo la noble simplicidad del traje: su propia persona se sostiene por sí sola, sin necesidad de auxilios prestados ni de ornatos exteriores. La hermosa naturaleza puede ser desfigurada, pero no mejorada por el arte. Yo considero á una mujer hermosa como la obra más perfecta de la naturaleza: su vestido debe ser épico, modesto, noble y enteramente libre de colorines y oropel. Proscribo, pues, todo *conçetti* y exuberancia de imaginación, que solamente sirven para disminuir el precio de tan noble persona; y debo hacer justicia á las más hermosas mujeres que yo conozco,

confesando que se visten sin el menor asomo de aquellas extravagancias. El buen sentido de Delia aparece aún en su vestido, que ni lo estudia, ni lo descuida, y observando una decente y modesta conformidad con la moda, evita á la vez la triunfante ostentación de una hermosura sobrecargada de adornos, y la insolente negligencia de la que no duda de su belleza.

En cuanto á las hermosuras menos perfectas, es decir, aquellas que sólo son graciosas, y cuyos encantos nacen más bien de cierto aire, ó cierto *no sé qué* en su composición, que de la dignidad de su figura ó simetría de sus facciones, les permito mayores licencias en sus adornos, porque no siendo su forma de la especie más sublime, pueden ser favorecidas con la elegancia del estilo y la variedad de las imágenes. Por lo tanto, pueden abandonarse á todos los vuelos y fantasías del soneto, del madrigal y demás composiciones menores. Flavia puede servir de modelo de esta especie; sus adornos son su diversión, no su cuidado; brilla con toda la pompa y variadas formas del vestido: la gentileza de su figura autoriza todo el desgarro de la imaginación, y si debe á los adornos un lustre que quizá no tendría sin su socorro, les paga, comunicándoles gracias que tal vez no retirarían de otra persona.

Hay una tercera clase de mujeres que con una perfecta neutralidad de cara no son bonitas ni feas, y lo único que las hace recomendables, es cierta figurilla gentil, viva y picante. Á éstas no puedo concederles un estilo más alto que el del epigrama, que debe ser justo, adecuado y sin adorno, derivando toda su fuerza del aguijón, sin necesidad de que se explique en qué consiste la agudeza.

Habiendo recorrido el importante artículo del vestido, con relación á tres clases de mujeres, á quienes sólo concedo permiso para adornarse, es decir, las hermosas, las graciosas y las pasables, debo agregar que este privilegio es limitado por el sentido común, á cierto número de años, pasados los cuales la mujer no entra en ninguna de las tres clases. Por lo tanto, requiero que al llegar á los treinta años moderen el lustre de su vestido, y al tocar los cuarenta lo apaguen completamente. Y para más obligarlas al cumplimiento de este precepto, les aseguro de la manera más solemne, que con sus vistosos trajes podrán hacerse más ridículas, pero no más interesantes. Una vez llegadas á la latitud de cuarenta, los vientos propicios han calmado; deben, pues, entrar en el primer puerto, y poner de lado la jarcia y el velamen.

Llego ahora á un melancólico asunto, sobre el cual temo que mi libre aviso sea mal recibido; pero como en ello se interesa altamente el sentido común, procederé sin pensar en las consecuencias: me refero á las feas, que componen, siento mucho decirlo, una muy numerosa parte del sexo femenino. Por el mismo amor que les tengo, debo tratarlas con algún rigor, para evitarles, no sólo el ridículo, sino la indignación del público. Sus vestidos no deben elevarse sobre la llana y humilde prosa, y cualquiera esfuerzo para ir más lejos, produce la crítica y la risa burlona. Una mujer fea debe evitar con el mayor cuidado todo adorno que atraiga sobre ella ojos que no pueden quedar contentos, porque si se esfuerza en suplir con colchoncillos y trapos los defectos de su persona, su insolente atentado ofende al prójimo; y cuando una Gorgona riza su cabellera y forma sus culebras de pelo para encantar á la ciudad, no tendrá razón de quejarse, si pierde la cabeza y otras cosas por mano de algún vengativo Perseo. Las mujeres feas (de las cuales puede decirse con propiedad, que forman un tercer sexo); deben renunciar toda pretensión personal, y dirigir sus pensamientos por otro camino: deben conducirse como caballeros bien criados y bondadosos divertirse en el campo, en la caza, beber alegres vasos de vino, etc., y si pueden figurar como representantes, no me opongo á su entrada en el parlamento. Se me preguntaría quizá, cómo puede una mujer conocer que es fea, y tomar sus medidas en consecuencia, y respondo: que para no equivocarse, no debe llevarse de sus ojos sino de sus orejas; y si ellas no han escuchado obsequios muy ardientes, pretensiones, galanteos, etc., pueden estar seguras de que su fealdad, y no la severidad de su aspecto, es la que las ha privado de aquella música.

Hay otra especie de mujeres, cuyos diarios insultos al buen sentido, reclaman la más severa corrección, y que pueden ser llamadas pecadoras viejas. Estas son las hermosas sexagenarias, que si fueron ó no fueron hermosas el siglo pasado, deben á lo menos en el presente limitarse al grave y decente vestido que corresponde á sus años. Estas culpables son muy numerosas: testigos de ello son los teatros y lugares públicos en donde manifiestan todos los recursos del arte y del vestido para hacerse completamente ridículas. Muchas veces he observado yo abuelas y bisabuelas adornadas, como ellas se figuran, con todos los colores del arco iris, á la vez que en realidad aparecían á los ojos de los espectadores, como gusanos destruidos en medio de sus pro-

pios hilos de seda; y aun he visto algunas ostentar sus marchitos pechos arrugados y secos como sus contratos matrimoniales, y que ninguna mano, sino la mano del tiempo, había tocado durante los últimos cuarenta años. Lo más que puedo permitirles, es el extremado aseó, para que no ofendan más sentido que el de la vista; pero en cuanto al vestido, debe ser confiando á la elegia y al *tristibus*.

Lo que se ha dicho respecto del bello sexo, se aplica al sexo masculino con mayores restricciones, pues tales irregularidades son menos perdonables en hombres que en mujeres. Una racional condescendencia con la moda, no hace desmerecer al mejor entendimiento, y una afectada singularidad si lo haría: un exceso más allá de lo que la edad, el rango y el carácter justifican, es una de las peores señales que pueden colgar del cuerpo de un hombre. Yo miro con indulgencia al joven finamente encaudernado y con cortes dorados, y si su instrucción correspondiese con aquellos adornos, mi gusto y aprobación serían ilimitados.

PRETENDIDOS HOMBRES DE HONOR.

(Versión del inglés de Chesterfield.)

Muchos atacan las leyes fundamentales de la virtud y de la moral, bajo pretexto de ser inciertas, y para probarlo alegan la diversidad de sus formas en distintos países, y aun en diferentes edades en un mismo país. La moral, dicen ellos, es local, y por consiguiente imaginaria, visto que lo que se practica en un clima como virtud, se condena en otro como vicio; y según ellos la voz de la naturaleza habla tantos idiomas diferentes, cuantas son las naciones esparcidas en el universo.

Los peligros y funestas consecuencias de tal doctrina son muy obvios; pero su falsedad no lo es menos ciertamente; y la opinión más caritativa que uno puede formar de los que la profesan y propagan, es, que confunden la moda y la costumbre con la naturaleza y la razón. Las invariables reglas de la justicia y la moral son las primeras y universales emanaciones de la razón humana, libre de error y de corrupción; y de la misma manera podríamos decir que la enfermedad es el natural estado del cuerpo, como que la injusticia y la inmoralidad forman la natu-

ral situación del alma. Adquirimos las enfermedades del cuerpo por la irregularidad de nuestros apetitos, y las del alma por la suelta que damos á nuestras impetuosas pasiones; pero en ambos casos, la razón, si se consulta, habla un lenguaje diferente.

Admito que las modas y las costumbres establecidas en muchos países, no se hallan fundadas en la razón, y que al contrario muchas veces se opongan á ella; mas en este caso las gentes racionales de estos países las condenan y aborrecen. Las personas de rango y distinción son propiamente llamadas en todos los países gentes de moda, porque en efecto son las que la establecen. En vez de sujetarse ellas á las leyes, consultan sus apetitos y pasiones, y forman de por sí leyes que les convengan; leyes que, aunque no fundadas en la justicia, ni decretadas por la autoridad, prevalecen por lo común con verdadero insulto á la justicia y á la autoridad. Tal es la moda.

Bajo esta luz he considerado frecuentemente la palabra *honor*, según la acepción que le da la moda; acepción muy contraria al honor indicado por la justicia y el *sentido común*.

El carácter de un hombre de honor, según lo entiende la *gente de calidad*, es cosa tan singular, que merece la examinemos; y aunque es más fácil observar aquel carácter que describirlo, me esforzaré en dar á mis lectores una idea de él, ilustrándolo con algunas piezas originales caídas en mis manos oportunamente.

Un hombre de honor es uno que perentoriamente afirma que tiene honor, y que está pronto á levantar la tapa de los sesos á quien se atreva á ponerlo en duda, aunque se funde en pruebas irrecusables. Este hombre es infinitamente superior á todas las restricciones que las leyes del cielo y de la tierra establecen para las almas vulgares, y no conoce más lazos que los del honor, cuya palabra sólo él explica y comenta. Se adhiere estrictamente á un partido político, aunque para nada observe sus principios. Sus gastos deben ser mayores que su renta, no para las necesidades, sino para las superfluidades de la vida, con el fin de que sus deudas puedan hacerle honor. Aunque en su porte asuma ciertos aires altaneros é insolentes, debe suponerse que son el resultado de su íntimo honor. Si es colérico, terco además, y posee una buena dosis de valor animal, adquiere la gloriosa reputación de hombre de honor delicado y sin mancilla; y si todas estas prendas se hallan debidamente condimentadas con los vicios llamados elegantes, el hombre de honor es completo, á pesar de cuanto

puedan decir en contra su mujer, sus hijos, sus criados y los artesanos que lo habilitan.

Tontolínez es considerado como hombre de honor consumado, tal como no se ha visto en esta ni en ninguna edad. Los hombres se muestran orgullosos de su amistad y las mujeres de su protección; el partido á que pertenece, se gloria de contarle como una de sus más fuertes columnas, y su honor se cita como la mejor sanción de los principios políticos que sostiene. Pero ciertas cartas originales que paso á presentar á mis lectores, darán á conocer el brillante carácter de Tontolínez con más claridad que cualquiera otra descripción.

Este sujeto había llevado una vida disipada y gastado en ella una considerable fortuna, principalmente en el juego; y siendo muy delicado en puntos de honor, escribió á su agente la carta que sigue, después de haber corrido mala suerte en una reunión de jugadores.

« Amigo : Anoche tuve una condenada estrella en el juego, y necesito mil pesos antes que concluya la semana : pido á Vd. me los solicite bajo cualquiera condición, porque prefiero ver mis fincas sobrecargadas de hipotecas, que sufrir la menor mancha en mi honor. Por lo que hace á esos ruines artesanos, que no cesan de gritar, recuérdelos Vd. cuáles son mis privilegios, y díflera pagarles tanto como fuere posible : quizá lograremos que algunos se arruinen antes que consigan formalizar un proceso. — De Vd. afectísimo. — *Tontolínez*. — Al Sr. Pelabobos, agente, callejón de los Apurados N. 3. »

Pero temiendo que los esfuerzos del Sr. Pelabobos no produjesen el deseado efecto, Tontolínez guiado siempre del mismo principio de honor, resolvió adquirir á todo trance la suma que necesitaba, escribiendo la siguiente carta al primer ministro de estado :

« Muy Sr. mío : Ayer me habló en nombre de Vd. D. José Buza, á fin de asegurar mi voto en el asunto que debe discutirse y tranzarse esta semana en el parlamento; pero como se trata de materia enteramente contraria á mi opinión, no pude darle una contestación explícita, y preferí tomarme algún tiempo para considerarla. Hoy tengo la honra de informar á Vd. que estoy pronto á apoyar este negocio; mas al mismo tiempo debo manifestarle mis esperanzas de que me enviará inmediatamente los dos mil pesos que se me ofrecieron ayer, de los cuales tengo ahora urgente necesidad. Estoy muy persuadido de lo bien que Vd. me

conoce para poner dificultad en el adelanto de este pago, y de que no será Vd. la primera persona que quiera poner en duda el honor, Señor, de este su fiel y humilde servidor. — *Tontolinez.* »

Encuentro otra carta de la misma fecha, escrita á una belleza que parece ser la mujer de su mas íntimo amigo :

« Mi siempre adorada*** Acabo de recibir la tuya, y siento mucho los temores que te ha inspirado últimamente la conducta de tu marido, aunque yo no creo como tú, que sospeche nuestra inteligencia. Ambos fuimos educados juntos desde niños, y hemos vivido después en la más estrecha amistad : así es que primero sospecharía que pienso asesinarle, que el que le ofendo por el lado que sabes. No se te oculta que á la confianza y seguridad que tiene de mí, soy deudor de toda la felicidad que gozo en tus brazos. Sin embargo, vive persuadida de que en todo caso te hallas en manos de un hombre de honor, que jamás sufrirá que se te maltrate; y si mi amigo viniere contigo á las demasías puedes estar segura de que le torceré el pescuezo, y con sus mismos cuernos le sacaré las tripas. — *Tu siempre apasionado.* »

La cuarta y última carta es á un amigo que tenía las mismas nociones del honor; á lo menos así lo haría creer el contenido de ella.

« Querido Belitre : — Te ruego vengas inmediatamente para servirme en un negocio de honor. Has de estar en que anoche se me salió una condenada mentira en una tertulia; y un maldito bribón, con la mayor formalidad del mundo, dió á entender que yo era un embustero, con cuyo motivo me acerqué á su oído y le dije que lo esperaba hoy en el bosque de San Jorge, y que viniese acompañado de uno de sus amigos, si es que tiene algún amigo en el mundo. El tal zoquete es indigno de mi resentimiento; pero tú conoces mi delicadeza en puntos en que el honor se halla interesado — Tuyo — *Tontolinez.* »

Estas cartas auténticas demuestran que el Sr. Tontolinez, animado de los más nobles sentimientos de honor, paga todas sus deudas, excepto las justas; cumple escrupulosamente su palabra en la corruptora venta de su conciencia á un ministro; está pronto á proteger, á costa de la vida de su amigo, á la mujer de éste, á la cual logró corromper por las oportunidades que la confianza y amistad del marido le procuraron; y castiga la verdad con muerte cuando íntima justamente que él carece de ella.

Esta persona de refinado honor, satisfecha de su propio mérito y virtud, es el más imperdonable censor de los vicios y de las

debilidades ajenas; y llama bribones, zoquetes, ruines, etc., á todos los que en la corta esfera de sus facultades aspiran á un grado menor de inmoralidad. Un elector campesino que silenciosamente vende su voto por poco dinero, es para nuestro hombre de honor un bribonazo digno de ser colgado. Los artesanos y los mercaderes son para él un hato de embusteros y ladrones, que debían vivir bajo leyes más severas que les impidiesen estar á las personas de primera condición; y los criados son unos brutos, que deben ser maltratados, y no pagarles su salario, á fin de contener su insolencia.

Es imposible imaginarse lo pernicioso que es á la sociedad un ser de esta especie; es admirado y por consiguiente imitado; y no sólo corrompe el círculo de sus amistades, sino que esparce el contagio al infinito, como los círculos en el agua producen otros, aunque gradualmente menos marcados en proporción que se alejan de la causa que produjo los primeros.

Á tal conducta y tales ejemplos en las gentes de más viso, debe ser imputada en mucha parte la corrupción del pueblo. Y si los ejemplos de las gentes de primer orden tienen tal fuerza, que á veces dignifican el vicio y la inmoralidad, á despecho de todas las leyes divinas y humanas, ¿cuán popular no podrían hacer la virtud, si la ejercitasen, y cuánto no deben censurarse ellas mismas, en sus frios momentos, al considerar que sus fatales ejemplos han descarriado, corrompido y pueden quizá llegar á esclavizar toda una nación!

AFECCIONES DE LOS HOMBRES.

(Versión del inglés de Chesterfield.)

La Rochefoucault observa justamente que las gentes nunca son ridiculas por sus verdaderos, sino por sus afectados caracteres. No pueden ellas impedir lo que son; pero sí pueden abandonar el intento de aparecer lo que no son. Una joroba de ninguna manera es ridícula, á menos que no la cubra un lujoso vestido; ni un entendimiento limitado, á menos que no se arrogue el lustre y los atavíos de otro esclarecido. La benevolencia se halla dispuesta á ocultar y compadecer los inevitables defectos de cuerpo y alma; pero no está obligada á tratar con la misma indulgencia, los defectos adquiridos. Los que tratan de aparecer

en el mundo con talentos que no poseen, son tan criminales, en el curso común de la sociedad, como los que comerciando ponen en circulación moneda falsa teniéndola por tal, y toca tanto al ridículo censurar á los primeros como á las leyes castigar á los segundos.

No es mi ánimo considerar aquí la afectación de las virtudes morales, afectación que podría llamarse más propiamente hipocresía, vicio que justamente excita nuestra indignación y aborrecimiento, como un engaño criminal; me limito ahora únicamente á la afectación de aquellas prendas menores, que aun sin ellas podría un hombre ser muy estimable, y sólo se hace ridículo porque pretende poseerlas. Estas gentes son muy dignas, y puede decirse, las únicas dignas de ridículo, porque son superiores á los locos que les son inferiores, é inferiores á los discretos que les son superiores. Estos sujetos son los fatuos, descritos por un sabio, como creados por sí mismos, y de los cuales dice que *Dios jamás crió uno que valga un tomin*. Además, como son rebeldes y traidores al Sentido Común (a) de quien son súbditos por haber nacido en sus dominios, debo con justicia tratarlos con el mayor rigor.

Ni puedo ser yo de la opinión general que estos fatuos comenzaron primero por engañarse á sí mismos, y realmente se consideran tales como pretenden ser considerados. Por el contrario, estoy persuadido de que cada hombre se conoce mejor á sí mismo, y es su más severo censor, y aun estoy convencido de que muchos han vivido y muerto con flacos y debilidades, jamás descubiertos sino por ellos mismos. Cierto es que guardaron sobre ellos un secreto inviolable, lo cual hacía creer á los otros que no los tenían. ¿Por qué discernimos las faltas de nuestros amigos más pronto y con más claridad que las de las otras gentes, sino porque nos interesamos más en ellos? Pues por la misma regla conocemos las nuestras aun más pronto; y probablemente en este solo caso somos más bondadosos con nuestros amigos que con nosotros mismos; y yo dudo si un hombre no amaría menos á un amigo sin tacha, y si él mismo no se amaría más, por ser perfecto. Si esta suposición es verdadera, y yo por tal la tengo, los presumidos en cuestión son más criminales y más ridículos, pues viven practicando constantemente la mentira, y alimentando

(a) Nombre del periódico en que se publicó este escrito.

las absurdas y sanguinas esperanzas de pasar sin ser descubiertos.

Fatuo, el presumido más consumado de éstos y de cualquiera otros tiempos, tiene bastante discernimiento para haberse distinguido en cualquiera cosa á que se hubiese dedicado; pero quiere sobresalir en todo. Quiere ser á la vez agudo, amante, literato y hombre de estado; y sin embargo, persuadido de lo imposible de su empresa, divide sus conocimientos, y se contenta con ver admirados en diversos lugares los varios ramos de sus perfecciones.

De aquí nace que habla de política á las mujeres, trata de ser agudo con los ministros de estado, despliega su erudición ante los pisaverdes, y se jacta de sus triunfos amorosos entre los habitantes del campo. Su precaución es una prueba de su crimen, y manifiesta que él mismo no se engaña, y que sólo espera engañar á los otros. Las habilidades de Fatuo le han arruinado, y conducidole á una bancarrota de juicio y de sentido común; como muchos han sido arruinados por extensas propiedades cuya conservación requería gastos que ellos no podían soportar.

Pocos son los presumidos que podrían rivalizar con Fatuo; pero hay multitud de otros que son presumidos *quoad hoc*, y que han elegido ciertas perfecciones de que han resuelto ser poseedores á despecho de la resistente naturaleza. Sus tentativas más comunes son referentes al ingenio y al bello sexo, por ser las perfecciones más brillantes entre la gente lucida.

De esta especie es Protervo, que aunque tiene un talento bastante claro, suele pasar por loco, porque quiere brillar como agudo de ingenio. Todo su afán es por distinguirse; admira y anda en pos del esplendor del ingenio, que, como un fuego fatuo, le lleva fuera de camino y le hace cometer mil absurdos. Es petulante y chistoso con tosquead; usa palabras de doble significado; trastroca los conceptos, y relata en una sociedad los dichos que oyó en otra; pero persuadido de su propia insuficiencia, toma precauciones para brillar únicamente en donde espera deslumbrar, y prudentemente huye de los ojos más fuertes. Muchas veces he visto yo confundida de repente su afectada prontitud, y permanecer en silencio á presencia de alguna persona de mérito reconocido.

Pesado es de una comprensión lenta y laboriosa, tiene buena memoria, y si se aplicase podría ganar dinero en sus negocios; pero á fuerza quiere ser elegante y afortunado con las mujeres. Adornando su tosca figura, la expone al ridículo; hace declara-

ciones de amor con todas las formas de una solemne proclamación, y consume en banquetes y chocarrerías, el tiempo que podía emplear útilmente en su escritorio. Pesado no puede ignorar su mala fortuna; la siente, pero procura engañar al mundo insinuando en una reunión sus triunfos en otra, y dando á entender al oído de algunos concurrentes que hay intimidad entre él y alguna belleza presente. Pero varias veces lo he visto yo escurrirse al presentarse el verdadero favorito, y manifestar en su semblante la conciencia de su carácter afectado. Sepa pues Pesado, y todos los que se le asemejan, que esta vanidad, además de lo absurdo de ella, les hace cometer un atentado de lo más inmoral; y que esta difamación práctica de una mujer, merece con más razón un proceso jurídico, que las injurias personales pronunciadas en el calor de una controversia.

Gárrulo alimenta esperanzas de ser tenido por orador, aunque carece de materia y de palabras; el improbo trabajo con que roba á otros autores, prueba claramente que él mismo conoce su propia pobreza. Pasa la noche hojeando libros, y al día siguiente da al público sus mercancias robadas como suyas propias, pero de manera tan torpe, que siempre son restituidas á sus verdaderos propietarios.

Bolo, lastrado con todo el plomo de un alemán, quiere distinguirse en la poesía, sin tener oído ni invención: recita lo que él llama sus versos á sus conocimientos femeninos y á sus amigos de colegio; pero nunca los menciona á ninguna celebridad poética.

Perplejo insiste en ser hombre de negocios, y aunque bien formado para portador de cartas, quiere ser escritor de ellas; pero conociendo que sus trabajos no pueden ser útiles ni necesarios, trata de ser tolerado, conformándose implícitamente con los hombres y los tiempos.

En fin, hay tantas especies de afectaciones, como cualidades recomendables en la vida. Sería cuento de nunca acabar el presentar ejemplo de cada vanidad y presunción particular por medio de las cuales los hombres, ó se hacen ridículos, ó á lo menos deprimen las otras cualidades que realmente poseen. La observación de cada uno le procurará bastantes ejemplos de esta especie: ahora trataré de indicar los medios de evitar estos errores; aunque en verdad, son tan obvios, que parecería inútil si uno no experimentase diariamente lo contrario.

Es muy cierto que no hay hombre adecuado para todas las

cosas; pero también lo es que apenas hay un hombre que no sea propio para alguna cosa, á la cual lo inclina la naturaleza. Yo considero que el sentido común viene á ser para el alma lo que la conciencia para el corazón, el monitor constante y fiel de lo que es tuerto ó derecho; y estoy convencido de que ningún hombre comete un crimen ó una necesidad, sin manifestas y sensibles representaciones del uno y de la otra. Cada hombre encuentra en sí mismo, sea por efecto de la naturaleza ó de la educación, porque esto apenas puede distinguirse, una inclinación peculiar á tal ó cual ocupación; luchar contra ella, es el inútil é interminable trabajo de Sísifo. Que siga y cultive aquella vocación, y progresará en ella; á la vez que si la abandona no se distinguirá en nada y se hará ridículo. Los hombres en general no son tan indulgentes ni benévols para salvar una ciudad por sólo el amor de cinco justos; pero se sienten muy inclinados á condenar á muchos justos por el amor de pocos criminales. Un hombre fácilmente echa á pique muchas virtudes con el peso de una locura; pero apenas será capaz de proteger muchas locuras con la fuerza de una virtud. Los comediantes que aprenden sus papeles de memoria, y deben simular durante tres ó cuatro horas, consideran, al elegir aquellos papeles, la propensión natural de su genio. ¿Cómo puede concebir un hombre esperanzas de representar bien, durante toda su vida, un papel mal apropiado á su carácter? Yo admiro á nuestros industriosos vecinos los alemanes, por muchas cosas; pero principalmente por su constante adherencia á la voz de la naturaleza: siempre transitan por el camino que aquélla les ha trazado, y nunca emprenden cosas opuestas á su genio.

Concluyo amonestando á todos los presumidos que si abandonan sus afectaciones, el *Sentido Común* será su amigo; pero de lo contrario, irá mas lejos, señalando al público, de cuando en cuando, algunos de los culpables más osados.

AFECTACIONES DE LAS MUJERES.

(Versión del inglés de Chesterfield.)

Habiendo censurado libremente las afectaciones y locuras de mi propio sexo, me lisonjeo que las señoras me concederán su

indulgencia, mientras considero, con la misma imparcialidad, las vanidades y defectos á que su sexo se halla también sujeto, y, si me atrevo á decirlo, aun más que el nuestro; porque su esfera de acción es más limitada y circunscrita. La esfera del hombre es universal, y comprende todas las cosas, desde el cultivo de la tierra hasta el gobierno de ella. Los hombres sólo adquieren el carácter de presumidos, por aparentar talentos que no les concedió la naturaleza; pero el caso es muy diferente entre las mujeres, porque hay muchos dotes que no son propios de su sexo, y por consiguiente puede haber dos especies de mujeres presumidas; las que afectan lo que les es propio, y las que salen de sus caracteres naturales, aunque en cosas peculiares á su sexo.

Sentiría yo mucho ofender, cuando sólo intento aconsejar y corregir. Espero sin embargo, que el bello sexo me perdonará, dando al nuestro la preferencia de los consejos. Reflexionen pues, que cada sexo tiene sus señales características, y que si las mujeres infaman justamente á un hombre llamándolo *maricón* cuando se entromete en ciertas ocupaciones mujerieles, ¿no podremos nosotros con igual justicia, llamarlas á ellas *marimachos* cuando adoptan caracteres propios del sexo masculino? La delicadeza de su contextura y la fuerza de la nuestra, la belleza de su forma y la losquedad masculina, indican suficientemente las respectivas vocaciones. ¿No fué Hércules ridículo y despreciable con su rueca? La misma Onfale no lo habría sido menos si se hubiese puesto á pasar una revista militar, ó á presidir un consejo de estado. Las mujeres no han sido formadas para cargos importantes, sino para complacer y aliviar á los hombres: su ternura es una recompensa muy propia por todos los trabajos que sufrimos en obsequio de ellas.

Agripina, nacida con talento y disposiciones que cuando menos podrían haberla constituido para llevar las cuentas de un usurero, pretende hallarse adornada de todas las prendas que jamás poseyó hombre ni mujer ninguna, sin tener la ciencia de ninguna de ellas. Quiere aparecer erudita, y sin conocer las materias á fondo, sabe lo preciso para hablar disparates sobre ellas. Tiene altas pretensiones de poseer el arte de agradar; pero yerra tanto en los medios, que su lisonja es muy grosera para ser tragada por la persona más poseída de amor propio. Sus mentiras son tan palpables, que ni por un momento logra engañar, y así disgusta en vez de ganar los corazones. Embustes bajos, artifi-

cios superficiales, perfidias y faltas de fe, constituyen su erróneo sistema de conducta. Trata de aparecer generosa á costa de bagatelas, á la vez que su rapacidad, indiscreta y descuidada, descubre su natural é insaciable codicia. Equivocando de esta manera las perfecciones que ella desearia poseer, y aun los medios de adquirirlas, se hace la más ridícula en vez de la más perfecta de su sexo.

Eudogia, la mujer más frívola del mundo, condena á su propio sexo tratándolo de frívolo y vano: desprecia la agradable ligereza y la alegría de las reuniones de ambos sexos; la seriedad es lo que le conviene, y quiere ser seria; intima enfáticamente que la razón y el buen sentido son para ella cosas muy apreciables. Jamás se mezcla Eudogia en la conversación general, sino que separa á un hombre, que ella juzga digno de susensata conversación, y quedo, ó á media voz, le habla al oído de sus sólidas bagatelas; insiste particularmente sobre las circunstancias más insignificantes y tontas de la principal tontera, que ella procura demostrar con inclinaciones adecuadas del cuerpo y de la cabeza y con los movimientos más expresivos del abanico, confesando modestamente de vez en cuando, á modo de paréntesis, que acaso podrá parecer presuntuoso que una mujer hable de todas aquellas materias. Entretanto su infortunado oyente sofoca mil bostezos; conviene en general en todo lo que ella dice, con la esperanza de acortiar la conversación, y cuidadosamente espía la primera oportunidad favorable que pueda presentarle algún movimiento de los concurrentes, para escaparse de aquel sensato y sólido entendimiento. Abandonada de este modo, pero no desanimada, toma por turno á todas las personas de la sociedad, y con cada una tiene un cuchicheo de igual naturaleza. Si Eudogia pudiese contentarse con sus talentos naturales, jugar á los naipes, servir los refrescos, hacer visitas, hablar mucho á su perrito, y moderadamente á la sociedad, no sería ridícula, y comparecería bastante bien entre el mundo cortés.

Sidaria tuvo bastante belleza para habérselo perdonado, mientras fué joven, su falta de sentido común; pero despreció los fortuitos y precarios triunfos de la hermosura, y sólo quería hacer conquistas por medio de los encantos de su alma. Una unión de corazones, una delicadeza de sentimientos, una adoración mental, una especie de tierno quietismo, fueron las cosas que ella solicitó sin encontrarlas nunca. De esta manera luchó la naturaleza con el sentimiento, hasta que Sidaria llegó á los cua-

renta y cinco años; pero entonces sacó todo el provecho, porque hizo muy ventajosas propuestas de matrimonio á un joven irlandés abanderado, de veintii años. Fué pues igualmente ridícula en su mocedad y en su vejez.

Canidia, marchitada por la edad y cascada por las enfermedades, bambolea con el peso de sus mal colocados adornos, y cambia sus vestidos según las últimas modas llegadas de Paris, en vez de conformarse, como debía, con las adoptadas á su edad. Su alma, tan débil como su cuerpo, se halla nutrida de necesidades: habla de política y de metafísica, destroza los términos técnicos de una y otra, y si hay algún buen sentido en lo que dice infaliblemente se embrolla. Aumentando enredos á la política y obscuridad á los misterios, se hace igualmente ridícula en este mundo y en el otro.

No entraré ahora en el examen de las afectaciones pequeñas, muchas de las cuales son perdonables, y muchas graciosas, si las que las ejercen lo son también; sino que limitaré mi censura á las afectaciones de caracteres mal adoptados, porque de ninguna manera querria yo privar al bello sexo de sus vapores, miedos, antipatías y aficiones. Los variados pánicos de ladrones, arañas, fantasmas y rayos, son admisibles á la juventud y la belleza, con tal de que no les sobrevivan. Lo que yo les recomiendo es que no adopten caracteres ajenos, y que se persuadan que aun sus propias imperfecciones les caerán mejor que las afectadas perfecciones de otros.

¿No podría alguna dama animosa, injustamente ofendida con estas reflexiones, preguntarme, qué parte dejó á su sexo? Le dejo todo lo que no ha sido peculiarmente asignado al nuestro. Le dejo un imperio poderoso, el del Amor. Allí domina con poder legal y absoluto, mientras la belleza soporta su trono. Las damas tienen todos los talentos requeridos para aquel suave imperio, y el más capaz de nuestro sexo no puede competir con ellas en el profundo conocimiento y manejo de aquellos *arcanos*. Pero entonces, las que hayan sido depuestas por los años ó por algunos incidentes ó las que nunca fueron calificadas por la naturaleza para reinar, deben contentarse con el cuidado silencioso y la economía de sus familias, y con el diligente desempeño de sus deberes domésticos.

Yo considero el fabuloso nacimiento de Minerva, diosa de la guerra, de la sabiduría, de las artes y de las ciencias, como una alegoría de los antiguos, calculada para manifestar que las mu-

jes de nacimiento natural y común no deben aspirar á tales perfecciones. Minerva salió armada de la cabeza de Júpiter, sin la cooperación de su consorte Juno; y sólo por esta circunstancia le fueron concedidos aquellos dones.

Confieso haber leído que algunas mujeres, tales como Semiramis, Thalestris y otras, hicieron ruido en el mundo por haberse distinguido en acciones heroicas y varoniles; pero considerando la grande antigüedad de aquellas historias, y lo muy mezcladas que se hallan de fábulas, se mira uno autorizado á dudar ó los hechos ó el sexo. Además de esto, el ingeniosísimo y erudito Wolfgang de Sajonia, ha probado hasta la demostración, en su tratado *De Hermaphroditis*, que todas las famosas heroínas de la antigüedad fueron del género epiceno, aunque por respeto y consideración á la modesta y bella parte de mis lectores, no me atrevo á citar los diferentes hechos y racionios en que apoya esta aserción. En cuanto á las heroínas de moderna fecha, tenemos también sospechas de que pertenecieron al mencionado género. El mayor monarca que, hasta estos últimos tiempos, ha ocupado el trono de Inglaterra, es la reina Elizabeth; de cuyo sexo tenemos abundantes razones para dudar, visto que la historia nos presenta multitud de ejemplos de la virilidad de aquella princesa, sin dejarnos un solo sintoma ó indicio de haber sido mujer; y esto parece tan fundado, que nunca creyó ella conveniente casarse con un hombre. La gran Cristina, reina de Suecia, fué considerada por todo el mundo como superior á su sexo, y predominaba tanto lo masculino en su composición, que al último se conformó con los vestidos de hombre, y terminó sus dias en Italia. Por lo tanto, requiero que las mujeres que insistan en traspasar los límites señalados á su sexo, se declaren previamente y en toda forma hermafroditas, y que sean registradas como tales en sus respectivas parroquias; mientras esto no sea, no permitiré que aumenten enredos á la política; que confundan la metafísica, ni que oscurezcan los misterios.

¡Cuán amable podía ser una mujer, qué consuelo y placer para sus conocidos, sus amigos, sus parientes, su amante ó su marido, si permaneciese estrictamente dentro de los límites de su carácter! El carácter natural adorna las virtudes femeninas con femenina dulzura. Las mujeres, cuando se miran libres de afectación, tienen una alma naturalmente alegre, un corazón tierno y benigno, que justamente nos las hacen más queridas, tanto porque animan nuestros goces, como porque disminuyen nuestras

penas; pero; qué diferentes y chocantes aparecen cuando la rabia de la ambición, ó el orgullo de la ciencia, agita aquellos pechos en que sólo debía habitar el amor, la amistad y los cuidados tiernos! Flavia debe ser su modelo, que aunque podría sostener con lucimiento cualquiera calidad, no afecta ninguna; jamás se deja seducir por la imaginación ni la vanidad, sino sólo se guía por la razón; todo cuanto dice ó hace, es el resultado patente de su buen natural y feliz entendimiento: aunque conoce todo lo que las mujeres deben conocer, y aun más de lo que les es obligatorio, oculta su superioridad con tanto cuidado, como otras en presumir cualidades que no tienen. Flavia se conforma con el tono de la sociedad en que se encuentra; pero de un modo que manifiesta un deseo de no brillar en primer lugar. ¿ Están los concurrentes alegres? Ella lo está. ¿ Se manifiestan graves? Ella permanece seria. ¿ Dicen disparates? Ella guarda silencio. Aunque piense y hable como podría hacerlo un hombre, afeminada, por decirlo así, todo lo que dice, y comunica todas las gracias de su sexo á toda la fuerza del nuestro. Se muestra urbana sin las incómodas ceremonias ni las formas frívolas de las que sólo afectan ser como ella. Como su urbanidad procede á la vez de su buen natural y de su buen sentido, la primera lo inclina á agradar, y el segundo le indica el medio mejor y más fácil de lograrlo. La belleza en las mujeres, como el ingenio en los hombres, son en lo general fatales á sus propietarios, á menos que ambas cualidades no sean dirigidas por un juicio que rara vez las acompaña en gran grado. La belleza de Flavia parece que sólo es la habitación más propia y decente de tal alma; conoce el valor de su hermosura, y lejos de pensar que ella le da derecho para ser impertinente y coqueta, redobra su atención á fin de evitar aquellos errores que la siguen habitualmente. De esta manera reúne Flavia, no sólo las ventajas de cuerpo y alma, sino que reconcilia las contradicciones de las otras, porque es amada y estimada al paso que envidiada por todas.

COSTUMBRE DE PINTARSE LAS MUJERES.

(Versión del inglés de Chesterfield.)

El interés y cariño con que veo al bello sexo me hacen observar su conducta con una especie de vigilancia paternal. Sinceramente

deseo aprobar, pero al mismo tiempo estoy resuelto por su propio bien, á prevenir y reprender, siempre que lo considerare necesario. No permitiré, en cuanto dependiere de mí, que los errores de su alma degraden el hermoso edificio que ella habita, ni consentiré por otra parte, quieta y silenciosamente, que la afectación y abuso de su persona, refleje ridiculo y desprecio sobre su entendimiento.

La belleza natural y sin arte es la más seductora de las bellezas. Los poetas han celebrado las azucenas y las rosas, los claveles y jazmines que brillan en las mejillas y gargantas de las hermosas, y los pintores se han esmerado, aunque en vano, para imitarlas; la bella naturaleza se ha burlado de todo su arte. Pero ahora se me ha informado, por personas fidedignas y sagaces, y en verdad que yo también he observado muchos ejemplos de ello, que gran número de estos originales inestimables, por una extraña inversión de cosas, desmienten á los poetas y copian servilmente á los pintores, degradándose y disfrazándose en peores copias de malas copias de sí mismas; y aun se susurra en la ciudad que un excelente artista, se negó últimamente á retratar á cierta dama, alegando que nunca copia las obras de otro, sino las del Altísimo.

Me ha costado infinito trabajo informarme yo mismo de la propagación del crimen nefando de pintarse, y siento decir que lo he encontrado de lo más epidémico. La generalidad de las mujeres de moda, emplean la cascarrilla ó estuco de París, que viene á ser lo mismo que un polvo de yeso superfino, sumamente vidrioso, que no requiere renovarse diariamente, y con algunos reparos accidentales, dura tanto como los bucles ó rizos de su cabello, y soporta bastante bien un estregón. Sobre este blanqueo se aplican el carmin, en el cual hay mercurio, cuyo continuado uso, alaja el tejido de la epidermis, para no volver jamás á consolidarse. En cuanto al eminente y divino polvo de perla, con el exquisito barniz para fijarlo, no es nada común, y se halla reservado para las elegantes, no sólo de primer rango, sino de fortuna colosal, siendo tan costoso, que pocas bolsas pueden procurárselo. Quizá el mismo número de perlas enteras, sería más aceptable á algunos amantes, que en polvo de la cara de la dama.

Paso ahora á desengañar á las bellas de un error, que aunque muy grosero, lo acogen ellas con anhelo. Se lisonjean de que este artificio no se puede descubrir ó distinguir del color natural; pero les ruego me permitan asegurarles, que por bien preparado

que sea el color, y por más experimentada que sea la mano que lo aplique, lo distingue inmediatamente el ojo á distancia considerable, y la nariz á más corto trecho; y yo of quejarse el otro día en un café, al capitán Oseulato, de que cuando este color se calienta sobre el rostro tiene un sabor nauseabundo; de modo que, ofensivo á la vista, al olfato y al gusto, es probable que no incite mucho á otro de los sentidos.

Hablando últimamente de este asunto con un amigo, me dijo que en su opinión, una mujer que se pinta, da al público una fianza de su castidad, fortificándose con una muralla que ningún hombre deseará batir ni escalar; pero confieso que no conviene con él en cuanto al motivo, pero sí en cuanto á las consecuencias, porque estoy convencido de que las pintadas pierden su tiempo, su dinero y su trabajo. He observado que muchos de los sagaces propietarios que alquilan alojamientos, blanquean y pintan las fachadas de sus casas para seducir los ojos y atraerse inquilinos. Hablando la verdad, no puedo menos de sospechar que este es el real motivo de las mujeres que se pintan; pero ¡ay! sus reparos exteriores no tentarán á ningún hombre á investigar su interior. Los casos son muy diferentes: en el primero los reparos adornan y preservan, y en el segundo disgustan y destruyen.

Con el fin, pues, de contener eficazmente esta enormidad, y conservar en cuanto me es dado las encarnaciones naturales de mis amadas compatriotas, les notifiqué que si dentro de un mes, contado desde esta fecha, tiempo que concedo para el consumo de las provisiones ya compradas, recibiere yo de mis numerosas espías, testimonios auténticos de esta adulteración de las obras más bellas de la naturaleza, estoy resuelto á publicar en letras mayúsculas los nombres y apellidos de las delinquentes. Tal vez esta medida parecerá muy osada á primera vista, y que se harán contra mí acusaciones de escándalo y difamación; pero yo procedo bajo seguro, porque antes de dicitirme á hacerlo, quise informarme de las circunstancias peores que podrían resultarme, y consulté con un eminente juriconsulto, antiguo amigo mío, cuya opinión paso fielmente á relatar.

Cuando le hube expuesto el caso, con toda la claridad que fue posible, se frotó la barba durante un rato, se mondó las narices y tosó tres veces para darme el mejor parecer. Publicando los nombres y apellidos en el *Mundo*, me dijo, concibo humildemente que evita Vd. todas las pesadas consecuencias de las insinuaciones oblicuas. Pero si no me equivoco, lo que quiere Vd. saber es,

si podrá verse sujeto á cualquier otro proceso ó procesos, que por no ser prolijo, no quiero ahora enumerar. Por lo que de pronto me ocurre, sin consultar mis libros, entiendo que ningún proceso puede intentarse á Vd.; por el contrario, me parece y aun afirmo bajo mi responsabilidad, que puede Vd. proceder sin ningún temor contra estas criminales, nombre que me atrevo á darles, ya sea acusándolas en forma ante los tribunales, ó ya denunciándolas al público, puesto que el crimen es de una naturaleza pública y atroz. No sólo hay en él la *suppressio veri*, que es altamente penal, sino también el *crimen falsi*. Yo preferiría fundar la acusación en la ley de falsificaciones, porque sostengo que es una falsificación. Bien sabe Vd. que el hecho será examinado por el jurado, que en su mitad se compondrá sin duda de albañiles revocadores, de modo que la falsificación será des cubierta incontestablemente.

Luego que concluyó mi amigo, le supliqué excusase le hubiese yo interrumpido en medio de sus multiplicadas atenciones, añadiendo que estaba enteramente satisfecho y convencido. Cuando le di la mano para despedirme, meti en la suya media onza que tomé por costumbre, pero pronto me la devolvió en consideración sin duda, á nuestra antigua amistad.

Creo que esto será suficiente para que las que se sientan culpables, consideren seriamente el peligro que corren; aunque tal vez por mi natural lenidad, no procederé contra ellas con todo el rigor de la ley. Me contentaré, pues, con publicar todos sus nombres y apellidos como llevo dicho; pero puede ser que otros no tengan la misma indulgencia, y la ley reina para todos.

Concluiré este papel con una ó dos palabras de consejo serio á todos mis lectores de ambos sexos. Sigamos á la naturaleza, guía fiel y veraz, y guardémonos contra las lisonjeras ilusiones del arte. La naturaleza puede ser socorrida, y por decirlo así mejorada; pero nunca forzada ni cambiada. Todas las tentativas directas para contrariarla son seguidas de ridiculez y muchas de crimen. La mujer á quien la naturaleza no ha hecho hermosa, en vano procura serlo por medio del arte, así como el hombre á quien la naturaleza ha negado ingenio se hace ridículo afectándolo: ambos destruyen su propio intento y se hallan en el caso del valetudinario, que crea ó aumenta sus males con los remedios, y muere de su desordenado deseo de vivir.

La carta siguiente apareció en un subsecuente número del Mundo: